

# LOGICA DE LA FE

---

## Introducción

Nuestra fe es un «obsequio racional del entendimiento». Creemos, no llevados por la ignorancia, o por sensibles sentimientos, o por tradiciones inconsultas, sino guiados por la razón. Obrar contra los dictámenes de la razón sería obrar mal. Desoir los dictámenes de la razón en las cuestiones religiosas, que entrañan la vida del espíritu, tanto más digna de aprecio cuanto lo inmortal sobrepuja a lo caduco, sería el colmo de la insensatez.

Se nos echa en cara la servidumbre del dogmatismo, y los que lo hacen, no reflexionan que lo hacen en nombre de otro dogmatismo ciego y absolutamente irracional. Admitimos el dogma y la revelación, guiados sólo por la razón; porque la razón lo exige imperiosamente. Y esa razón que nos lleva imperiosamente a la fe, será la que ha de guiarnos derramando sus luces en los caminos de esta breve disertación.

Si existe Dios, infinito en todas sus perfecciones, y se digna comunicarnos el código doctrinal que ha de regir nuestras relaciones con él, la razón exige imperiosamente que le prestemos absoluta fe. Es así que existe Dios, y que nos ha revelado la religión católica, como lo único que puede ordenar nuestros deberes para con Él: luego la razón exige que abracemos la religión católica.

La prueba de la menor de este silogismo clarísimo, será el objeto de todo nuestro trabajo. Vamos a declarar la verdad que encierra la mayor.

Si existe Dios infinito en todas sus perfecciones, será infinitamente sabio o infinitamente santo. Luego será incapaz de engañarse y de engañarnos, y sus comunicaciones han de ser absolutamente ajustadas a la verdad. Ahora bien: el entendimiento humano no puede rechazar la verdad, sobre todo si se le presenta con los caracteres de la evidencia inmediata o mediata; luego no puede rechazar el contenido de la revelación divina.

La fe humana es la fuente ordinaria de la adquisición de nuestros conocimientos. Desde el niño que cree a su madre, hasta el hombre

de negocios que cree a los periódicos—que es todo lo que hay que creer—, la vida se va desarrollando en una serie de actos de fe. La historia, la geografía, todas las ciencias, para la inmensa mayoría de los hombres, se basan en la fe humana. Cuando el testimonio humano ofrece garantías de verdad, es irracional no prestarle asentimiento.

Pues bien: el testimonio divino, presenta en infinito grado esas garantías de verdad; sería por lo tanto irracional no prestarle asentimiento. No sólo es lógico por lo tanto, el «obsequio de nuestra fe», sino que el negar los valores de la revelación es absolutamente contra la razón, supuesto que Dios, ser infinitamente perfecto, se haya dignado hacerla.

Sigamos pues los caminos de la razón, que nos llevará al conocimiento de Dios y de allí a la clarovidencia de sus revelaciones, selladas por la característica divina de los milagros.

### **El entendimiento exige la existencia de Dios.**

Nuestro entendimiento es, por decirlo así, la característica humana. El nos levanta por encima de los demás seres de la creación. En él tiene su fundamento el progreso humano, y sus alas, que nos permiten cernernos por encima de la materia, remontando el vuelo por los campos llenos de luz de las abstracciones serenas, de las creaciones del arte, de las maravillosas construcciones de la lógica, de la metafísica y de las matemáticas, lo desligan de los estímulos materia que reducen a los sentidos a la simple percepción de las cualidades materiales de las cosas. La percepción de lo inmaterial y de lo inexistente, nos descubren su naturaleza independiente de la materia. Vió en los albores de su aparición sobre la tierra las finalidades: comprendió las relaciones inmatrimales de medio a fin, y adaptó la materia, por una sucesiva concatenación de medios, para que sirviera dócilmente a la consecución de sus propósitos. Vió en el guijarro la flecha y el cuchillo. Vió en las canteras y en los bosques las filigranas de la escultura y arquitectura. Vió en las ondas eléctricas y en la luz el transmisor adecuado del pensamiento. Vió en las energías de la naturaleza las múltiples combinaciones que le habían de hacer dueño de la tierra, de los aires y del mar, y las despertó de su letargo en que yacían ocultas en estado latente, y creó la industria, y desplegó las alas del arte, y plasmó las maravillosas obras del pensamiento, transmitiéndolas en todas direcciones en el vuelo aéreo de su palabra multiforme y en la serenidad milenaria de sus piedras, de sus tabletas, de sus papiros y de sus libros.



He ahí una potencia nueva, dominadora de la materia e independiente de ella, ya que lo que la mueve y la agita existe solo en la región de las posibilidades para pasar por su medio al orden de las realidades. El entendimiento, base del genio que crea, es una realidad independiente de la materia y superior a ella. Es espiritual...

La prehistoria que ha pretendido descubrir el tiempo de su aparición, nos asegura que no ha existido siempre sobre la tierra. Más allá del cuaternario no ha dejado rastro de sus intencionalidades. Tuvo, pues, un principio en el tiempo. No pudo ser un fruto espontáneo de las fuerzas de la materia, puesto caso que es independiente y superior a ellas. No pudo ser tampoco una floración espontánea de la nada. Luego hubo de existir antes de ella un ser infinitamente poderoso, inteligente, increado, en el cual se funde el principio de la serie de las inteligencias. Ese Ser inteligente y necesario, es DIOS.

Pero la inteligencia es en el hombre la base de la personalidad; luego, ese ser, autor de la inteligencia, debió de ser fundamento de toda inteligencia y personal. Pero ese ser no creó la inteligencia constreñido por una interna necesidad. De haber sido así, siendo Ser necesario, existente por la fuerza interna de su ser, debiera haberla producido, por lo menos en el principio de todos los seres, pues ni le faltaba poder, ni conocimiento. No lo hizo; luego no obró constreñido por la necesidad. Ese ser inteligente, necesario, eterno, personal, es también libre. He aquí cómo la inteligencia exige imperiosamente la existencia de Dios.

### **La vida exige la existencia de Dios**

Si la psicología nos ha llevado al origen de la inteligencia descubriéndonos allí la acción creadora de Dios; la ciencia y la filosofía aunadas nos llevarán al origen de la vida, demostrándonos que su aparición no tiene explicación alguna si no admitimos también allí la intervención divina.

En efecto: la geología nos da como ciertamente demostrado, que en los estados ígneos de la materia, y en los primeros estadios de su enfriamiento, fué imposible la vida y de hecho no ha dejado rastro alguno de sí en el arcaico. Luego la vida no existió siempre y tuvo un principio. Ahora bien: las ciencias experimentales desde Tyndall y Pasteur, han confirmado que la materia inorgánica y muerta es incapaz de producir la organización de la vida, verificando el pensamiento del que dijo, que toda célula procede de otra célula, y todo viviente arranca de un óvulo; luego la vida no tiene razón suficiente de su

existencia en las fuerzas físico-químicas de la materia inorgánica. Luego la vida no pudo aparecer sin la actuación de un ser extramaterial que la diera el ser. Ese Ser que produce la vida y que por ende ha de vivir, o es el ser necesario, o es un fruto mediató o inmediato del Ser necesario. He ahí a Dios en los principios de la vida.

La filosofía sube más alto que la ciencia en el análisis del origen de la vida. La ciencia demuestra que las fuerzas físico-químicas no producen la vida sin previo elemento vivo. Por eso la generación espontánea ha sido repudiada del campo de la ciencia, y la plasmogenia va de fracaso en fracaso. Pero la filosofía va más allá. Demuestra que las fuerzas físico-químicas que evidentemente intervienen en las múltiples funciones de la vida, no sólo no explican su origen, sino que no pueden dar razón alguna de sus actividades funcionales. De ahí la necesidad de admitir un principio vital, que si bien depende de las fuerzas físico-químicas, es superior a ellas y las endereza según una finalidad evidente en todas las unidades funcionales y en los desenvolvimientos ontogenéticos de los seres, definidos para cada especie. Esa actividad interna, inteligentísimamente constructora, y que evidentemente carece de conocimiento, que alojándose en las células germinativas después de la reducción, preside al óvulo, y a la mórula y a la blástula y a la gástrula, ordenando en la diferenciación ascendente de aquellas células primitivas la admirable estructura de los órganos en una perfecta unidad funcional dentro de tipos específicos invariables, domina de tal suerte las fuerzas físico-químicas que viene como a destruir las leyes fundamentales que por otra parte las rigen.

He ahí porqué ese principio vital no puede ser una simple floración de esas fuerzas. Exige una causa que ha de ser sapientísimamente ordenadora, viviente, superior a la materia preexistente a la vida, y en último término, necesaria. La vida, como quiera que se la considere, exige también imperiosamente en su origen, y por su misma naturaleza, la presencia de Dios. Sin El no se explica la vida en ninguno de sus órdenes, sobre todo cuando se la considera en su conjunto armónico, en que la constancia y la variedad suponen una inteligencia infinitamente creadora.

### **La evolución exige la existencia de Dios**

El materialismo convertido en evolucionismo monista, ha pretendido desterrar a Dios de su trono secular, tratando de explicar todas las cosas por la evolución de la materia eterna, cuyas internas ener-



gías han llevado al informe conjunto de átomos disociados, por una escala ascendente de progresos sucesivos, desde el orden primario de los mundos hasta los esplendores inmateriales de la inteligencia, pasando por los diversos estratus de la vida. Hemos contemplado su fracaso en el análisis de la inteligencia y en el estudio del origen y constitutivos de la vida. Vamos a detenernos en el examen de los procesos de la evolución, para rastrear cuáles habrán de ser los orígenes de la materia o del movimiento. Las ciencias físicas y la filosofía nos guiarán en este examen.

La evolución evidentemente se ha desarrollado en el tiempo. Las cronometrías de los geólogos y de los astrónomos así lo presuponen en sus cálculos. Las discrepancias de estos cálculos son enormes, porque los medios de que se dispone son insuficientes para determinaciones exactas: pero esto no significa que esos estadios no se hayan desenvuelto en eras determinadas de tiempo. Por otra parte, el análisis de los diversos estadios evolutivos viene a confirmar la teoría de la condensación ascendente, en que las combinaciones se hacen cada vez más estables con una enorme involución de energía, y esa involución que no se desdobra espontáneamente y que se manifiesta cuando las causas libres las ponen en condiciones, como sucede en las calorías ocultas de las minas de petróleo y de carbón, nos muestra el camino natural de la materia que tiende finalmente a la inercia absoluta del equilibrio.

Pues bien; retrocedamos con el pensamiento al estado ultraetéreo de la materia de donde arrancaría el ciclo evolutivo que abarca la ciencia materialista desde las nebulosas primitivas hasta el estado actual del mundo y de las cosas. Si desde allí volvemos la mirada hacia nuestro presente, contemplaríamos en el lento desdoblarse de enormes miríadas de años, el paso progresivo de la evolución que ha llevado la materia desde aquel estado de extrema rarefacción hasta la complicación que constituye ahora la trama de los mundos. Por larga que nos parezca la serie de años, sería perfectamente mensurable y finita. Habríamos llegado allá por etapas de tiempo calculables y perfectamente definidas, aunque por carecer de medios no nos sea dado determinarlas. Pero si desde allí volvemos la vista hacia la eternidad supuesta de la materia, nos encontramos con un abismo insondable, pues una sucesión infinita nos dirigiría a la realidad de la eternidad. Un infinito sucesivo, contendría infinitas veces el tiempo finito de la evolución que antes contempláramos... Luego la materia habría dispuesto de tiempo sobreabundante para cerrar el ciclo de su evolución

presente, de haber sido eterna. No lo ha cerrado; luego es señal inequívoca de que la materia no es eterna, o de que si lo es, estuvo eternamente inmóvil. En el segundo caso es necesario admitir un primer motor distinto de la materia; en el primer caso es menester admitir al autor de la materia.

He ahí en el principio de la evolución—que pretendiera desterrar a Dios de su trono secular—la necesidad del influjo de Dios. El materialismo, por una extraña paradoja, debe admitir la existencia de Dios.

### **El hecho del milagro demuestra la existencia de Dios**

Es el milagro una obra sensible que está por encima de las fuerzas todas de la naturaleza. Es esta la concepción más simple del milagro. Pero el milagro así concebido, si se presenta verificado por los hechos, es evidentemente la confirmación, no sólo de la existencia de Dios, sino señal inequívoca de la presencia de Dios que autentica con él sus manifestaciones. Cuando el milagro refrenda alguna verdad, ésta viene a revestir la autoridad infalible de Dios, y entonces el entendimiento humano, si no abdica a los elementos primeros de la lógica, debe inclinarse reverente ante ella. Omitimos de propósito las clasificaciones clásicas del milagro, porque para nuestro intento, es suficiente que el hecho milagroso sea tal en su individualidad, que muestre rebasar las potencialidades energéticas de la naturaleza que en el momento actúa.

El que un hombre hable una lengua y le comprendan cincuenta individuos de distintas nacionalidades, no sería de sí un milagro, porque podrían todos esos individuos conocer la lengua en que se les habla. Pero el que un hombre, hablando en su propia lengua, sea entendido por cincuenta individuos de distintas nacionalidades que en absoluto la ignoran, y que por consiguiente recibe cada uno de ellos la sensación de que se les habla en su propio idioma, eso es evidentemente un hecho que rebasa las potencialidades de la naturaleza. En ese caso se pondría evidentemente de manifiesto la actuación divina.

Pues bien: el milagro es un hecho. Los anales del cristianismo están iluminados por esas maravillas comprobadas con todo el rigor de la crítica histórica y que no puede negarse, sin negar los fundamentos del conocimiento. No queremos engolfarnos ahora en la historia. El tiempo no nos lo permite. Vamos a referirnos al conjunto de hechos que se verifican en Lourdes, cuyos testigos viven y que han sido analizados científicamente. Curaciones instantáneas y sin recaídas, de



várices, de lupus, de cáncer, de mal de Pot, de tuberculosis, de perforaciones intestinales, de fracturas purulentas y a las veces necrosadas de los huesos largos y otro sin cuento de casos que sería largo enumerar, están constatadas clínicamente y revisadas por técnicos de insospechable honestidad científica. Son hechos perfectamente definidos y comprobados.

Ahora bien; la simple consideración de la instantaneidad en la curación de lesiones profundas, muchas veces incurables, siempre rebeldes a todo tratamiento, verificada por la inmersión en las aguas de una piscina exenta, como lo comprueban largos y prolijos análisis, de toda acción terapéutica, o por la bendición con el Santísimo, nos demuestra que no se ha verificado por fuerzas aplicadas de la naturaleza.

El escape a la suposición de la existencia de fuerzas ocultas que obren el prodigio, es absolutamente irracional. Cuando una fuerza oculta se ha puesto de manifiesto por sus efectos, el ingenio humano ha llegado a descubrirla poniéndola al servicio de la humanidad. ¿Por qué no se ha hecho eso mismo con las supuestas fuerzas ocultas de Lourdes? ¿Por qué no se ha intentado siquiera? Porque está en la conciencia de los que así niegan, que esa fuerza oculta no puede experimentarse... Está fuera de la naturaleza, como lo está la causa primera de la inteligencia de la vida y del cosmos. Los milagros de Lourdes están exigiendo para su explicación la presencia de DIOS.

### **Curación instantánea de las várices**

Un sacerdote de la diócesis de París, de cincuenta y ocho años de edad, fué agraciado por la Santísima Virgen con la salud, instantáneamente recuperada en su piscina. He aquí la historia documentada tal como la trae el doctor Le Bec, actual jefe de la Oficina de Comprobaciones, en su *Demostración del Milagro mediante pruebas clínicas*.

La enfermedad de que se curó en Lourdes el mencionado sacerdote, le comenzó cerca de los 35 años. Notó que las venas de las piernas aumentaban de volumen, experimentando al mismo tiempo una sensación de pesadez que le dificultaba la marcha. Hacia los 42 años, aparecieron las úlceras.

El doctor Roesch de Marlotte, contó seis en la pierna derecha y ocho en la izquierda, de varias dimensiones. De los 42 a los 45 años, la supuración fué constante, a pesar de los tratamientos; y los dolores llegaron a tal extremo, que le pareció llegada la hora de abandonar su cargo.

Siguiendo el consejo facultativo, decidióse a descansar dos meses, yéndose a las inmediaciones del bosque de Fontainebleau. La mejoría fué tan insignificante, que el doctor Roesch le dijo juzgaba su mal prácticamente incurable.

A la edad de 51 años resolvióse a ir a Lourdes a pedir su curación a Nuestra Señora. En esa época, dice el doctor Le Bec, le conocí y me dijo: «Mi Arzobispo quiere que vaya a Lourdes y le obedezco; pero sin confiar en mi curación.» Entonces quiso que examinase sus piernas. Las dos estaban cubiertas de enormes várices que interesaban el trayecto de las venas safenas y de gran parte de las colaterales. En la cara interna de las rodillas, veíanse paquetes varicosos, formando lo que se llama *cabeza de Medusa*. Las dos venas safenas internas presentaban flexuosidades en todo su trayecto, en el que se veían dilataciones ampollares como en las várices antiguas. En la pierna izquierda, por encima del maleolo interno, había una pequeña masa alargada, muy dolorosa a la presión. Era un coágulo situado en una parte limitada de la safena interna. Era el tipo clásico del varicoso con úlceras múltiples cuya existencia ya había comprobado el doctor Roesch.

*En la piscina de Lourdes, al tomar el primer baño, el enfermo experimentó un vivo dolor en las piernas, comparable al que causaría un hierro candente pasando por debajo de la piel, y observó que tanto las várices como las úlceras habían desaparecido instantáneamente.*

Vi, continúa el doctor Le Bec, al enfermo curado instantáneamente pocos días después de su curación, y he aquí el resultado de mi examen: Pierna derecha; piel blanca con grueso panículo adiposo. Las venas eran azuladas, de dimensiones normales y sin dilataciones varicosas. En la cara posterior, por debajo de los músculos gemelos, veíanse siete pequeñas manchas ligeramente rosadas, cubiertas por epidermis lisa. Las cicatrices cutáneas no presentaban ninguna depresión ni adherencias. Pierna izquierda: el mismo aspecto general; hacia la parte media de la cara interna, se veían ocho pequeñas manchas de aspecto idéntico a las de la otra pierna.

Siete años más tarde el 24 de septiembre de 1915 presentaba el siguiente cuadro clínico: Las venas de las dos piernas en toda su longitud tenían el volumen normal siendo casi rectilíneas. No se notaba ningún alargamiento ni flexuosidad ni dilatación ampollar. Ofrecían un aspecto absolutamente normal. Puedo afirmar, concluye el doctor Le Bec, que la curación de las várices fué completa y sin tendencia a la recidiva después de siete años.



### **Análisis del milagro de las várices**

Hemos escuchado la relación histórica de la curación de las várices. Várices antiguas de más de 15 años, desde los 35 a los 51 del paciente, con dilataciones ampollares, nudosidades con cuágu­los y 15 úlceras purulentas, desaparecen instantáneamente, después de haberse mostrado rebeldes a toda clase de tratamientos, con la simple inmersión en las aguas de una piscina, que por otra parte, consta carecen de cualidades medicamentosas.

Vamos a detenernos algo en el análisis de las lesiones para poder darnos cuenta cabal del mérito de la curación instantánea. Las venas, destinadas a recoger la sangre de los capilares al corazón están constituidas por dos túnicas, interna y externa. El endotelio descansa sobre una capa conjuntivo-elástica denominada la endovena de grosor extremadamente variable. La túnica externa está formada por elementos elásticos, conjuntivos y musculares. El endotelio presenta de cuando en cuando repliegues en forma de nido de paloma, formados por una hoja central de tejido conjuntivo con recí­culo elástico, apoyado en la base por fibras transversales de tejido muscular liso, y recubiertas por un revestimiento endotelial. Los conductos venosos son rectos, ascendentes los de los miembros inferiores y dotados de numerosas válvulas destinadas a impedir el éxtasis sanguíneo favoreciendo así la subida de la sangre hacia el corazón.

Ahora bien: en las várices, las venas se alargan considerablemente produciendo enormes flexuosidades, se dilatan en forma de ampollas, las túnicas se hipertrofian engrosándose notablemente y esclerosándose hasta ofrecer frecuentemente la sensación de la rigidez. En la parte interna del vaso las válvulas se atrofian dando lugar al éxtasis sanguíneo. Frecuentemente coágulos sanguíneos obstruyen el canal venoso, endureciéndose a veces hasta ser palpables, constituyendo flevolitos, que pueden invadir las venas en largas extensiones convirtiéndolas en cordones fibrosos. Alrededor de los vasos los tejidos infectados se infiltran, se esclerosan formando bridas y adherencias que fijan las venas a la piel y a los órganos vecinos. Las úlceras se presentan con rebordes salientes, irregulares y el fondo irregular y fungiforme con aspectos muy variados. El edema ulceroso deforma con frecuencia los miembros dándoles a veces aspecto elefatisiaco. La esclerosis y atrofia de los tejidos vecinos es entonces progresiva.

He aquí a grandes rasgos descritas las várices en el grado que se presentaban en el enfermo cuya historia clínica y cuya curación hemos descrito antes. La restitución en estos casos, de las venas al es-

tado primitivo es clínicamente imposible. Para ello sería necesario la reconstrucción íntegra de los tejidos venosos esclerosados, la reposición de las válvulas atrofiadas, y el acortamiento de las venas. Si a todo esto se añade la cicatrización de las úlceras, se comprenderá fácilmente el larguísimo tiempo necesario para una curación, aun prescindiendo de la restitución de los vasos. La desaparición instantánea de las flexuosidades, de las ampollas y de los coágulos obturantes; la restitución instantánea de las válvulas atrofiadas; la cicatrización instantánea de las úlceras con desaparición de las partes esclerosadas e infiltradas y reposición de tejidos, hasta dar a la pierna un aspecto normal, con la absoluta rectificación de las venas y la circulación normal de la sangre por ellas, es absolutamente imposible. Supuesto que en el caso descrito fuera posible esa especie de *restitutio ad integrum* de los vasos y tejidos, cosa para la cual no se conoce en clínica medio alguno, la curación habría de ser sumamente lenta, por exigirlo así la proliferación y reconstrucción de las partes destruidas.

Pues bien: Ese imposible desde el punto de vista natural, lo han conseguido las aguas de una piscina, que carecen en absoluto de cualidades medicamentosas. Nos encontramos evidentemente ante un milagro.

### **Consecuencias de la curación instantánea de las várices**

Hemos visto manifiestamente el milagro en la piscina de Lourdes. Una enfermedad antigua de más de 15 años, de várices ulceradas, se cura instantáneamente, restituyendo tejidos, reintegrando válvulas, cicatrizando úlceras. El hecho se verifica por la simple inmersión en las aguas de una piscina, desprovista en absoluto, como lo comprueban repetidos análisis, de virtudes terapéuticas. La ciencia es impotente para explicar desde el punto de vista natural el hecho perfectamente constatado.

Más aún. La ciencia que conocen las energías naturales y su modo de obrar está íntimamente persuadida de la imposibilidad de una curación instantánea en casos análogos. De no ser así los investigadores se hubieran puesto sobre la pista para descubrir esa secreta energía que tantos beneficios habría de reportar a la humanidad que sufre. No se ha hecho esa búsqueda, porque se está en la íntima persuasión de que la causa de esas prodigiosas curaciones está fuera de la naturaleza. Allí se encuentra la mano de Dios.

La Virgen se aparece a una pastorcita ignorante y le asegura que ella es la *Inmaculada Concepción*. Le da pruebas de la verdad de su personalidad haciendo brotar una fuente en la que le ruega que se



lave, y que ha de ser la fuente milagrosa que confirme la realidad de su aparición. Los anuncios de *La Inmaculada*, transmitidos por los labios de aquella ignorante pastorcita hallan eco en el mundo, y el mundo conmovido concurre a la gruta. Las peregrinaciones se multiplican y los prodigios iluminan esas peregrinaciones. Solo en 1911 llegaron a Lourdes 424 trenes, entre cuyos viajeros hubo más de cien agraciados con milagrosas curaciones examinadas por cerca de 550 médicos venidos de todas las partes del mundo. En la oficina de constataciones, se registran más de 3500 casos de curaciones análogas a las que estudiamos, sin que la ciencia objetiva sepa que objetar. He ahí la confirmación palmaria de la verdad enunciada por la Virgen. Ella es *La Inmaculada Concepción*, y eso lo confirma Dios con el milagro. Verdad casi simultáneamente declarada por Dios de dos maneras; por los milagros y por el oráculo infalible de su verdad el Romano Pontífice. He ahí confirmada la infalibilidad pontificia...

Pero no es eso precisamente lo que inmediatamente se deriva de la confirmación dada por Dios al aserto de María. «Yo soy la Inmaculada Concepción.» Si ella es la Inmaculada Concepción, es cierto el dogma del pecado original, puesto que afirma que ella es la excepción de esa ley que alcanza a todos los hombres. Pero la Virgen no pudo ser la excepción de esa ley, sin la realidad divina de la redención; luego al confirmar Dios la verdad de la excepción de la culpa original en favor de la Virgen, nos asegura de la verdad del dogma de la redención. Pero el dogma de la redención quedaría inexplicable absolutamente si el redentor no fuera Dios, luego ese prodigio, nos afirma la verdad de la divinidad de Jesucristo.

Estas consecuencias se derivan inmediatamente del prodigio obrado en la piscina de Lourdes. Los prodigios verificados en Lourdes, bajo la égida protectora de la Iglesia católica, la autorizan absolutamente ante la conciencia humana y acreditan la verdad de su doctrina. El mundo sería necesariamente inducido al error por los prodigios de Lourdes, si la religión católica no fuera la única verdadera manifestada por Dios para que los hombres le rindan culto y pleiteía. Y eso desdiría de la santidad y sabiduría infinita de Dios. No olvidemos estas consecuencias que son del más alto interés.

#### **Curación instantánea de un lupus con perforación de la mejilla y del velo del paladar**

Teresa Rouchel de 52 años, natural de Diebling y habitante de Metz, experimentó hacia los 42 años los primeros síntomas de su

lupus. Fué asistida sucesivamente por los doctores Weis, de Metz; Maurice, de Arnaville; Bar, de Goire; Kramer, de Saint-Julien y Reiss. En 1895. púsose en manos del doctor Ernest, del Dispensario Benéfico de Metz quien la dirigió al doctor Bender, especialista en enfermedades de la piel. Este comprobó las lesiones producidas por el lupus en la cavidad bucal, cauterizándolas con hierro candente.

La señora Rouchel consultó luego con otro especialista, el doctor Muller que confirmó el diagnóstico de lupus y aplicó el mismo tratamiento sin conseguir mejoría.

Hay que advertir que algunos médicos, sospechando que el mal fuese de carácter específico, habían prescrito los preparados mercuriales y yodurados. Nada sin embargo, había podido modificar la marcha invasora del mal. Durante los seis meses que precedieron al viaje a Lourdes la enferma no consultó con ningún médico, ni siguió tratamiento alguno.

El 4 de septiembre de 1903, la enferma fué a Lourdes encontrándose es el siguiente estado: el lupus interesaba la nariz, el labio superior, la mejilla derecha, la cara interna de la misma y el velo del paladar. He aquí la comprobación de todas estas lesiones tomadas del testimonio certificado del doctor Ernest: «Vi por primera vez a la señora Rauchel en 1895 en el Dispensario de Beneficencia y comprobé que padecía un lupus de la cara que ocupaba, especialmente la nariz y el labio superior. Todos los remedios empleados, yoduro potásico, cauterizaciones, etc., fueron impotentes para detener el mal, así como los tratamientos del especialista doctor Bender, a quien la dirigí, tales como el raspado con la cucharilla, la cauterización, etc., todo fué inútil.»

En el transcurso de 1899 se perforó el paladar y en 1901 la mejilla derecha. Once días antes de salir para Lourdes en septiembre de 1903 la enferma se encontraba en un estado lamentable a causa de estas lesiones. Existían dos perforaciones, una en medio de la mejilla derecha en forma de cono con la base en la cara interna que permitía el paso del dedo meñique; otra en el velo del paladar, en el límite de la bóveda oseopalatina que tenía dos centímetros de longitud por cinco milímetros de anchura. Todas estas ulceraciones despedían un olor infecto que incomodaba hasta a las personas de su familia. Estas perforaciones contaban cerca de dos años de fecha. La nariz y el labio superior estaban fuertemente ulcerados con idéntica fetidez en el pus.

La alimentación era muy difícil, pues los alimentos refluían por la



nariz a través de la perforación de la bóveda palatina, y se derramaban al exterior por la abertura de la mejilla, viéndose obligada la enferma a obturarse este orificio con un tapón de algodón.

En el viaje de Metz a Lourdes acompañó a Teresa Rouchel una Hermana de la Maternidad de Metz, encargada de practicar las curas, tanto en el trayecto como en Lourdes. El 5 de septiembre de 1903, la Hermana hizo la cura a las ocho de la mañana y observó que no se notaba mejoría alguna. Dicha Hermana en el relato que dió por escrito, hace constar que a aquella hora había en la mejilla derecha una abertura del grueso del dedo meñique, en la que introdujo una torunda de algodón aplicando por el interior de la boca ya que por este lado el agujero era más ancho. Observó igualmente que la perforación palatina estaba cercada por una especie de rodete supurante. La bóveda del paladar se veía cubierta de mamelones carnosos, y el aliento exhalaba un olor infecto. El mismo día a eso de la una y media de la tarde, otra religiosa del servicio hospitalario de Lourdes, repitió la misma cura, viendo que las cosas seguían en el mismo estado.

*Tres horas más tarde, cerca de las cinco, al terminar la procesión con el Santísimo, el vendaje que sujetaba la cura se cayó todo impregnado en pus. La enferma se lo puso otra vez y al llegar al hospital rogó a la Hermana de la Maternidad le renovara la cura. Con gran sorpresa la referida Hermana comprobó que tanto la perforación de la mejilla como la del velo del paladar estaban cerradas y curadas las úlceras.*

Al día siguiente el doctor Boissarie, acompañado de varios médicos belgas y franceses y dos internos de Lille examinaron a la enferma en la oficina de comprobaciones. El agujero de la mejilla estaba reemplazado por una cicatriz resistente quedando apenas una señal rojiza del tamaño de una lenteja. El paladar estaba reconstruido y la supuración había desaparecido. A su regreso a Metz fué examinada por el doctor Ernest que constató lo mismo. Esta curación prodigiosa ha persistido.

### **Anatomía patológica del lupus**

Las neoplasias lúpicas, dice el doctor Gaucher, son esencialmente de naturaleza tuberculosa. En los nódulos diseminados por la dermis se encuentran folículos tuberculosos típicos con células gigantes y una corona de células epitelioides y embrionarias en la periferia.

Se observan, además, restos embrionarios alrededor de los vasos,

glándulas y folículos pilosos. En los folículos tuberculosos y en las células gigantes se constata la presencia de bacilos de Koch. Cuando se presentan lesiones secundarias se alargan las prolongaciones interpapilares, se hipertrofian las papilas que se hinchan con la neoformación embrionaria y se dilatan los vasos sanguíneos con espesamiento de sus paredes y a veces con obliteración de su cavidad. Las células del cuerpo mucoso de Malpighi sufren degeneraciones vacuolares. Cuando las ulceraciones se presentan, los nódulos se caseifican y se reblandecen como todos los productos tuberculosos. Entonces la epidermis se adelgaza y se rasga; los tubérculos se vacían y dan lugar a la ulceración de forma más o menos regular, redondeada u ovalada.

La piel que rodea la ulceración es violácea e infiltrada de tubérculos. El fondo está constituido por una superficie pardo-amarillenta, quebradiza, infiltrada por el tejido neoplástico, cubierta de botones salientes y bañada de un líquido purulento y a veces sanguinolento que se seca en costras unas veces delgadas y grisáceas y otras espesas y amarillentas. La ulceración puede ser superficial y profunda caracterizando las variedades de lupus serpiginoso y terebrante o vórax. Este último invade preferentemente la cara comenzando por las alas de la nariz. Los tubérculos se ablandan rápidamente y dan lugar a ulceraciones rojizas y fugosas que pueden destruir poco a poco la nariz perforando la porción ósea del velo del paladar y poniendo en comunicación la cavidad bucal con las fosas nasales. Corroe con frecuencia los labios e invadiendo las mejillas produce perforaciones que llegan hasta el interior de la cavidad bucal.

He aquí precisamente el caso de la señora Rouchel. Los especialistas de la piel conocen perfectamente la rebeldía del mal, que llega en innumerables casos a ser incurable. En todo caso la curación, sobre todo si ha de ser duradera, exige el desalojo de los elementos bacilares con sus productos, la desaparición de los tubérculos base de la neoplaxia, la reabsorción de las infiltraciones y la neoformación de los tejidos erosionados hasta llenar las cavidades corroídas y cubrir las perforaciones.

En caso que la cura sea posible, ha de ser sumamente lenta y acompañada de un tratamiento largo, dejando siempre huellas profundas del paso del mal. La instantaneidad de la curación, sin dejar las huellas características de las cicatrificaciones y sin recaídas, es absolutamente imposible. Ahora bien; ese imposible para la ciencia médica, se ha verificado en Lourdes sin otra medicación que la bendición con



el Santísimo. De propósito, en los dos casos que estudiamos, hemos omitido el referirnos a las influencias nerviosas, porque esas objeciones están excluidas por la naturaleza misma del mal. El hecho no tiene otra explicación, ya que las fuerzas naturales evidentemente no han concurrido, que la intervención de una fuerza superior a las naturales.

### **Consecuencias de la curación instantánea del lupus**

Los milagros de Lourdes ofrecen un paralelismo curioso con los prodigios evangélicos. La Virgen es la que arranca a Cristo el primer prodigio en las bodas de Caná, y es también la Virgen la que presenta, por decirlo así, a Cristo obrando prodigios ocultos en la Eucaristía. Los hombres no conocían entonces la majestad divina del Maestro, y ella lo presenta ante el mundo como a Dios, oculto bajo los velos de la humanidad que puede convertir el agua en vino. Los hombres de ahora, ciegos por la incredulidad no quieren reconocerlo oculto en la Eucaristía donde por un prodigio semejante al de Caná, vive para alimentar nuestras almas, y ella nos lo manifiesta en Lourdes obrando prodigios desde el viril, paseándose como otrora en los caminos de Galilea, entre caravanas de enfermos, bendiciéndolos y curándolos de sus dolencias por maneras maravillosas.

Ya lo habéis oído. La señora Rouchel, llega con sus labios ulcerados, la nariz invadida por el lupus, la mejilla perforada lo mismo que el velo del paladar. La ciencia había fracasado. La curación instantánea es imposible para las fuerzas de la naturaleza, y aguarda resignada en una camilla el paso del Maestro. El viril se detiene ante ella y la bendice, y siente que sus vendas se caen empapadas en pus, y se constata luego la curación con la desaparición de los elementos morbosos invadentes y la restitución de los tejidos que integran las partes corroídas por el mal.

He ahí la mano de Dios que obra desde el viril, confirmando la fe de los que allí le adoran. La presencia real de Jesucristo en el augusto sacramento del altar queda manifiesta, como quedara manifiesta la divinidad de Jesucristo con el prodigio de Caná. Pero las consecuencias de ese prodigio son más amplias todavía. Si Cristo se oculta real y verdaderamente bajo los velos eucarísticos, el sacerdocio católico que consagra perpetuando el sacerdocio instituido por Cristo en la noche de la cena, es el sacerdocio auténtico de Cristo. Y si el sacerdocio católico es el auténtico sacerdocio de Cristo, la Iglesia católica es la depositaria de la doctrina de Cristo. He ahí lo que nos dice el prodigio obrado por la Eucaristía sobre la señora Rouchel.

¿Nos prueba también que la Iglesia católica es la única depositaria de la doctrina divina de Cristo? La razón nos dice que sí. He aquí como lo prueba el gran tribuno español Vázquez de Mella: Pues, señores, si eso fuera así,—que todas las religiones son divinas, aunque sea humana la forma en que se manifiestan,—yo diría: juntad todas, reunid las religiones y a ver que es lo que queda como residuo común de todas ellas. Si las incluíis todas, Dios será uno y dual, será múltiple como lo fué en la India, en Persia y en el politeísmo occidental; será un Dios inmanente y será un Dios trascendente; y como no puede ser todas las cosas a un tiempo, o será una de ellas o no será nada. Las relaciones con Dios, o serían de identidad o serían de parte a todo, o de accidente a substancia o de efecto a causa; y como entre sí son contradictorias esas relaciones comunes, darían por fondo común el absurdo. Y tratándose del hombre, extremo de esas relaciones, ¿cuál sería su origen? Sería por creación, por evolución, o por emanación, y como no puede ser tampoco todas esas cosas, el resultado sería también el absurdo; y mirando a su fin, su supervivencia, su absorción o su aniquilamiento daría también por resultado el absurdo. Y si en vez de incluirlas todas, consideráis solo las religiones monoteístas, las consecuencias que de ese monoteísmo se deducen serían verdaderas o falsas: si eran legítimas, habría que aceptarlas como una consecuencia natural de sus Teodiceas y ya desaparecería el fondo común. ¿Eran falsas? Pues habría que buscar la regla para distinguirlas de las verdaderas, y esa regla no estaría en el fondo común. De modo que el absurdo va a pasar esa teoría por todas partes. Luego no queda más que el cuarto extremo: una es la verdadera y las demás son falsas...»

Ahora bien: Los milagros, obra divina por excelencia nos prueban que la Iglesia católica es la verdadera Iglesia de Cristo, que excluye en su doctrina a todas las demás, luego ella es verdaderamente la ÚNICA que guarda íntegramente la revelación divina. Si no fuera así, Dios nos expondría al error.

### Conclusiones

Hemos llegado casi al término de nuestro trabajo. Demostrada invenciblemente la existencia de Dios, le hemos visto echar mano de su poder, que rebasando las fuerzas de la naturaleza, nos ha hecho sentir su presencia para declararnos verdades fundamentales del orden religioso. Con estas manifestaciones de su poder, ha autorizado invenciblemente la presencia real de Jesucristo en la Eucaristía; ha



declarado que el sacerdocio católico está divinamente delegado por Cristo para representarlo en la tierra; ha puesto de manifiesto las prerrogativas de la Virgen Inmaculada corroborando a la vez la infalibilidad de la Iglesia que por aquel mismo tiempo había de declarar por medio del Romano Pontífice, dogma de fe el misterio de la limpieza original de María; ha dejado una confirmación palmaria de los tres grandes dogmas del catolicismo, el del pecado original, el de la redención y el de la divinidad de Jesucristo. ¿Qué más se puede desear para comprender de una manera apodíctica, que la religión católica es la revelada por Dios, para que los hombres le tributen el culto que como a supremo Señor de todas las cosas se le debe? Nos ha mostrado claramente el depósito de la verdad, incitándonos al mismo tiempo al rendimiento obsequioso y racional de nuestra fe, que es exigida imperiosamente por la razón.

Existe Dios, y El ha sellado con el sello inequívoco de los prodigios su revelación. No puede engañarse ni engañarnos; luego, lógicamente hemos de inclinar ante El la frente, prestándole pleito homenaje de adoración y obediencia. Lourdes, donde Dios por un acto inefable de bondad, ha querido que la ciencia incrédula pueda experimentar lo sobrenatural, nos habla elocuentísimamente con la voz poderosa de Dios, y nos muestra todos los esplendores del catolicismo, que allí se manifiestan, en la magnificencia del culto, en la frecuencia de sacramentos, en los prodigios interiores de las almas redimidas, en la ostentación de la jerarquía eclesiástica, en las manifestaciones de toda la vida interna de sus hijos.

Puede afirmarse que en Lourdes, entre el esplendor de los prodigios, resplandecen de una manera clarísima las notas características de la Iglesia verdadera de Cristo. La unidad de la doctrina y de la autoridad resplandecen allí, donde se canta con emoción infinita el credo, y se acata con reverencia ciega a la jerarquía santa unificada en el Romano Pontífice: La santidad se presenta allí visiblemente en los efectos que lo sobrenatural produce en las almas, que llegan por la fe al amor y se redimen: la catolicidad aparece inconfundible en esa inmensa caravana de creyentes que concurren allí desde todas las partes del mundo: la apostolicidad es la de la Iglesia de Roma, que guarda con el primado la herencia incontaminada de los primeros legados de Cristo. La autoridad indiscutida del Pontífice de Roma es la que rige y lo dispone todo en la gruta consagrada por los prodigios. He ahí a los prodigios que brotan por millares, confirmando la verdad veinte veces secular de la Iglesia, la única socie-

dad que ha sabido en medio de todas las persecuciones subsistir inmaculada.

### **El ciego de nacimiento (San Juan, capítulo IX)**

1. Al pasar vió Jesús un hombre ciego de nacimiento.
2. Y sus discípulos le preguntaron: Maestro, ¿qué pecados han sido la causa de que este haya nacido ciego, los suyos o los de sus padres?
3. Respondió Jesús: No es por culpa de este ni de sus padres, sino para que las obras de Dios resplandezcan en él.
4. Conviene que yo haga las obras de aquel que me ha enviado, mientras dura el día; viene la noche cuando nadie puede trabajar...
5. Mientras estoy en el mundo, yo soy la luz del mundo.
6. Así que hubo dicho esto, escupió en tierra, hizo lodo con la saliva y aplicóla sobre los ojos del ciego.
7. Y le dijo: anda, ve y lávate en la piscina de Siloé. Fuése, se lavó allí y volvió con vista.
8. Por lo cual los vecinos y los que antes le habían visto pedir limosna, decían: ¿No es este aquel que, sentado allá pedía limosna? Este es respondían unos.
9. Y otros decían: No es él, sino otro semejante a él. Pero él decía: Sí, yo soy...
10. Le preguntaron, pues: ¿Cómo te han abierto los ojos?
11. Respondió: Aquel hombre que se llama Jesús, hizo lodo, lo aplicó a mis ojos y me dijo: ve a la piscina de Siloé y lávate allí. Fuí, me lavé y veo.
12. Preguntáronle: ¿Y dónde está ese? Y les respondió: no lo sé.
13. Llevaron, pues, a los fariseos al que antes estaba ciego.
14. Es de advertir que cuando Jesús hizo el lodo, era día de sábado.
15. Nuevamente los fariseos le preguntaban cómo había logrado la vista. El les respondió: puso lodo sobre mis ojos, me lavé y veo.
16. Algunos fariseos argüían: No es de Dios este hombre, ya que no guarda el sábado. Otros decían: ¿cómo un hombre pecador puede hacer estos milagros? Y había disensión entre ellos.
17. Dicen, pues, otra vez al ciego: Y tú, ¿qué dices del que te ha abierto los ojos? Respondió: que es un profeta.
18. Por eso no creyeron los judíos que hubiera sido ciego y recibido la vista, hasta que llamados sus padres,
19. Les preguntaron: ¿Es este vuestro hijo de quien vosotros decís que nació ciego? Pues, ¿cómo ve ahora?



20. Sus padres les respondieron diciendo: Sabemos que este es nuestro hijo y que nació ciego;

21. Pero como ve ahora no lo sabemos; ni tampoco quien le ha abierto los ojos; preguntádselo a él; edad tiene, él dará razón de sí.

22. Esto dijeron por temor de los judíos; pues ya habían decretado echar de la sinagoga a cualquiera que reconociera a Jesús por el Cristo.

23. Por eso sus padres dijeron: edad tiene, preguntádselo a él.

24. Llamaron, pues otra vez al hombre que había sido ciego, y le dijeron: Da gloria a Dios: Nosotros sabemos que este hombre es un pecador.

25. Más él les respondió: Si es pecador yo no lo sé; sólo sé que antes estaba ciego y ahora veo.

26. Replicáronle: ¿Qué hizo contigo? ¿Cómo te abrió los ojos?

27. Respondióles: Ya lo habéis oído: ¿a qué queréis oírlo de nuevo? ¿Por ventura queréis haceros discípulos suyos?

28. Entonces le llenaron de maldiciones y le dijeron: Eso quede para tí, que nosotros somos discípulos de Moisés.

29. Nosotros sabemos que a Moisés le habló Dios: mas este no sabemos de donde es.

30. He aquí la maravilla, que vosotros no sabéis de donde es y con todo ha abierto mis ojos.

31. Lo que sabemos es que Dios no oye a los pecadores, sino que a aquel que le honra y hace su voluntad, es a quien oye Dios.

32. Jamás se ha oído decir que nadie haya abierto los ojos a un ciego de nacimiento.

33. Si este hombre no fuera de Dios, no podría hacer nada de esto.

34. Respondiéronle: Has nacido en pecado y ¿quieres darnos lecciones? Y lo arrojaron fuera.

35. Oyó Jesús que le habían echado, y haciéndosele contradizo le dijo: ¿Crees en el Hijo de Dios?

36. Respondióle diciendo: ¿quién es, Señor, para que crea en Él?

37. Y Jesús le dijo: Le viste ya y es el mismo que está hablando contigo.

38. Entonces dijo él: Creo Señor, y echándose a sus pies le adoró.

39. Y añadió Jesús: Yo vine a discernir al mundo, para que los que no ven vean, y los que ven se queden ciegos.

40. Oyeron esto algunos fariseos que estaban con Él y le dijeron: ¿Pues qué, somos nosotros también ciegos?

41. Replicóles Jesús: Si fueráis ciegos no tendríais pecado. Pero por lo mismo que decís; nosotros vemos, por eso vuestro pecado persevera en vosotros...

Los milagros de Lourdes han desconcertado a la ciencia impía.

Los fariseos modernos, que no encuentran ninguna explicación de los hechos, tratan de negar sus realidades poniendo en duda los antecedentes clínicos...

Son como los otros fariseos de la vieja sinagoga que llaman a los padres del ciego de nacimiento para cerciorarse de la objetividad del milagro.

Ante la palmaria realidad del prodigio, se encogen de hombros y no quieren humillar su altivez ante la majestad de Dios que les habla.

Nuestro divino Redentor nos da en este pasaje evangélico la razón de la incredulidad ante los resplandores de lo sobrenatural, que se nos entrañó por los ojos con la grandeza de los prodigios.

JOSÉ M. BLANCO, S. J.